

## CAPITULO LXXI.

Triunfos de Mauricio en Alemania y del Rey de Francia en Lorena.—El Emperador se ve obligado á huir de Inspruck.—Entáblanse las negociaciones para la paz.—Paz de Passau.

**TERRIBLE** era la situación de Carlos en presencia de aquel tan formidable enemigo, pues entraban en la liga formada por Mauricio, su hermano Augusto, los hijos de los príncipes presos, el antiguo Elector de Sajonia, el Landgrave de Hesse, el duque de Luneburgo, el marqués de Brandeburgo, el duque Jorge de Mecklemburgo, y otros grandes y poderosos magnates alemanes.

Pocos días antes, toda la fuerza, todo el prestigio, toda la influencia residía en el Emperador, cuyo poder parecía incontrastable. Ahora, por el contrario, veíase débil, sin tropas, sin dinero y con un enemigo tanto más temible cuanto que le había criado en su regazo por decirlo así; que se había crecido á su sombra, que conocía todos sus secretos y aspiraciones, y que, por lo tanto, podía herirle con mayor facilidad.

En tal situación, Carlos, para ganar tiempo y sondear á la vez las intenciones del Elector de Sajonia, confió á su hermano Fernando el encargo de que celebrase con aquel una conferencia en Lentz, población de Austria.

Prestóse á ello Mauricio, y confiando el mando de su ejército á Alberto de Mecklemburgo, apa rentando ceder á los deseos del Emperador y pasar plaza de entretenido, cuando en realidad él era quien ganaba este tiempo, marchó al lugar indicado, mientras que los soldados de Alberto trataban las poblaciones de Alemania más como hordas de foragidos que como hombres que defendían una causa que apellidaban santa y justa.

Enrique II de Francia que, en virtud de la alianza celebrada con Mauricio, había entrado por la parte de la Lorena, según dijimos, hubo de volver á Francia á consecuencia de una grave enfermedad de la reina Catalina. Pero el condestable de Montmorency, á quien dejara al frente del ejército, ganóle las ciudades de Toul, Verdun y Metz; así fue que al regresar, desvanecido aquel peligro, encontróse con todas estas ventajas conseguidas.

Dirigieronse entonces juntos hacia la Alsacia, pero no hallaron las mismas facilidades que en la Lorena, puesto que en vano trataron de apoderarse de algunas plazas.

Entre tanto la conferencia celebrada entre Fernando y Mauricio no daba otro resultado que el de acordar otra nueva entrevista que debía tener lugar en Passau, el día 26 de mayo, y una tregua de dos semanas.

Mauricio supo aprovechar diestramente este tiempo con objeto de poder imponerse mejor al Emperador, y con una actividad extraordinaria salió de Suabia, y poniéndose al frente del ejército fué á caer sobre el castillo de Ehreberg, importante posición situada sobre una escarpada roca, y apoderándose de ella, presentóse en el Tirol, amenazando á Inspruck donde el Emperador se hallaba, de cuya persona tal vez se hubiera apoderado á no estallar entre sus tropas mercenarias una sublevación que le obligó á detenerse para sofocarla.

Carlos tuvo que salir apresuradamente de Inspruck en medio de una noche oscura y tempestuosa, siendo conducido en una litera á causa de la gota que le molestaba extraordinariamente, viéndose obligado á franquear montañas escarpadas, alumbrándole sus criados con hachas de viento.

En Villach, pequeña población de la Iliria, se detuvo Mauricio, penetrando en Inspruck á las pocas horas de haber salido Carlos, y después de repartir entre sus soldados el botín cogido en esta ciudad, marchó á Passau.

Las felices correrías de Mauricio, los triunfos por este conseguidos en tan breve espacio, la campaña inaugurada por el rey de Francia, el estado en que el Emperador se hallaba, llenaron de terror á los padres del Concilio, que inmediatamente empezaron á marchar de Trento temerosos de la suerte que pudiera alcanzarles, aprobándose finalmente, en 28 de abril de 1552, una suspensión de las sesiones por dos años, ó por menos, en el caso de que la guerra se concluyera.

Trataron los prelados españoles de oponerse á este acuerdo prefiriendo arrostrar toda clase de peligros á abandonar la tarea que se impusieron, pero nada consiguieron, y el acuerdo se aprobó antes de que diesen comienzo las conferencias entre Fernando y Mauricio.

La campaña que los franceses habían iniciado en la Alsacia no les dió el resultado que en la Lorena, según manifestamos en otra parte, y las poblaciones se fortificaban para resistirles, sin que Strasburgo accediese á facilitarles el paso.

Los Electores de Tréveris y de Colonia, el duque de Cleves y los cantones suizos, hacían presente á Enrique que no borrarse con sus actos la oferta que había hecho de ser un protector de la Alemania, exhortándole á que no siguiese adelante, puesto que la reina de Hungría, gobernadora de Flandes, tenía dispuesto un ejército de veinte mil hombres, el cual, bajo el mando de Van-Rossen, penetró por la provincia de Champaña.

Tanto esto cuanto la escasez de víveres que se dejaba sentir entre su ejército, obligó á Enrique á retroceder al Luxemburgo, llevando hacia aquellas comarcas sus estragos.

Este fue el resultado que obtuvo el ejército francés en esta campaña inaugurada por su soberano, bajo el deslumbrante título de

protector y defensor de las libertades alemanas, sin que tampoco obtuviera mayores ventajas el marqués de Brandeburgo, que con un cuerpo de ocho mil hombres no hizo más que devastar las comarcas que recorría, sacrificar las poblaciones, perseguir con encarnizamiento á los eclesiásticos afectos al Pontífice, y cometer toda clase de tropelías.

Mientras tenían lugar estos sucesos reuníanse en Passau, en 26 de mayo de 1552, el duque Mauricio de Sajonia y el rey Fernando de Bohemia, asistiendo á estas conferencias, en clase de mediadores, varios príncipes y prelados.

Las exigencias de Mauricio reducíanse á lo que en su manifiesto diera como causa de su actitud, á lo cual no se atrevió á acceder Fernando por creerlo desdoloroso á la majestad del Emperador, como así era verdaderamente.

Más como quiera que el deseo de paz era general, que todos, lo mismo los católicos que los protestantes, habían sufrido tanto con la guerra, para ver de poner término á aquella situación acordaron todos los mediadores, entre los que se hallaban varios príncipes y prelados, manifestar al Emperador que hiciera cuanto fuese posible para acceder á las pretensiones de Mauricio, y librar á Alemania del azote que sobre ella pesaba.

Dura era la alternativa en que Carlos se hallaba, y su posición le obligaba á meditar con alguna detención lo que más conveniente podía ser á sus intereses.

Falta de tropas, su fuga de Inspruck había sido un golpe terrible en su fuerza moral; con su conocimiento profundo de los hombres apreciaba en lo que verdaderamente valían la astucia y la perseverancia de su adversario; veía en Enrique II al continuador de la enemiga de su padre Francisco, enemiga que le llevaba al extremo de excitar al turco para que le atacase por la Hungría y en las costas de Italia, al objeto de provocarle nuevos conflictos; veía á los españoles disgustados por el largo tiempo que llevaban fuera de su nación, mientras sus tesoros y su sangre estaban consumiéndose y derramándose en apartadas regiones, y en empresas improductivas para este país, y, sobre todo, se veía vencido él que hasta entonces había sido siempre vencedor, y razones eran estas que habían de pesar forzosamente de un modo poderoso en su ánimo no habituado á tales contratiempos.

Fernando, su hermano, hallábase interesado á su vez en que la paz se realizase, porque Mauricio le había ofrecido ayudarle en Hungría; y así era que no cesaba un momento en instar á Carlos para que aceptase á todo trance.

Sin embargo, este no quiso ceder, y Mauricio, dando por rotas las negociaciones, marchó á ponerse al frente de sus tropas, y puso sitio á Francfort-sur-le-Main, convencido de que este era el único medio de obligarle.

Con este motivo insistió de nuevo Fernando; Carlos veía la necesidad en que estaba; Mauricio á su vez comprendió también que, á pesar de su derrota, era el Emperador muy temible todavía, y amenguando el uno en sus negativas, y alojando el otro en sus exigencias, fueron acercándose poco á poco, hasta que el 31 de junio de 1552 quedó ajustado el tratado de paz bajo las bases siguientes:

Los confederados debían licenciar sus tropas para el día 12 del próximo mes de agosto, en el caso de que no quisieran pasar al servicio del Rey de Romanos, ó de algún otro príncipe que no estuviera en guerra con el Emperador.

Para el expresado día, este pondría en libertad al Landgrave y le conduciría en completa seguridad á su castillo de Rheinsfeld, cumpliendo el preso lo que prometiera al Emperador cuando este le redujo á prisión.

Dentro de seis meses había de celebrarse una Dieta, en la que se decidirían de una manera terminante las cuestiones religiosas, pero en el interín, católicos y protestantes no se molestarían recíprocamente en el uso de sus respectivas religiones, y la cámara imperial administraría justicia imparcialmente á unos y otros.

La reparación de los daños causados en esta guerra no podía pedirse mientras que la Dieta no lo determinase. El marqués de Brandeburgo quedaba comprendido en este tratado siempre que licenciase á sus tropas, apartándose por completo los confederados de su alianza con el rey de Francia, sirviendo de intermediario en las quejas que este pudiera tener con el Emperador, el duque Mauricio.

Además consignábase en el tratado que si la Dieta no resolvía las cuestiones religiosas, todo lo favorable que aquel era para los protestantes, continuaría siendo válido.

«Tal fue el célebre tratado de Passau,—exclama un historiador contemporáneo,—por el cual se vieron desvanecidos todos los grandes proyectos que por espacio de tantos años había formado y trabajado por realizar el emperador Carlos V.»

Nada de lo que proyectó en este sentido pudo realizar, puesto que la propagación de la religión protestante que trató de impedir, quedó completamente autorizada, recibiendo un golpe terrible los esfuerzos del Concilio tridentino respecto á la unificación del culto y de la religión católica.



J. SERRA LIT.

LIT. VIDAL, OLMO 99

RETIRADA DE METZ



## CAPITULO LXXII.

Rómpanse las hostilidades entre Carlos y Enrique II.—La defensa de Metz.—Retirada de los imperiales.—Guerra de Siena.

Ex virtud de la paz de Passau, el Emperador se encontró en disposición de emplear todas sus fuerzas contra el rey de Francia, toda vez que este y Alberto de Brandeburgo no fueron comprendidos en aquel convenio.

Este, al frente de las bandas de aventureros que acudillaba, era un adversario poderoso á quien Enrique II procuraba atraerse, pero el Emperador, en expectativa de la empresa que trataba de acometer, en vez de tratarle como rebelde y acudir á castigarle, procuró entrar en negociaciones para llevarsele á su campo.

Todas las conquistas, todos los triunfos que los franceses habían alcanzado en Lorena, estaban pesando como una plancha de plomo sobre el Emperador, que anhelaba el momento de vengarse; así fue, que aprovechando el licenciamiento que los confederados hacían de sus fuerzas, iba alistándolas á su servicio, y cuando esto lo hubo hecho, cuando envió órdenes á Flandes para que se le enviasen refuerzos, tratando de ocultar su designio bajo los pretextos de que iba á dar socorro á su hermano que se hallaba combatiendo en Hungría y después que iba á combatir á Alberto de Brandeburgo, levantó su campo y marchó á Strasburgo.

No consiguió la astucia de Carlos engañar á su adversario, pues este comprendía muy bien que el Emperador trataba de recuperar lo que él le arrebatará, así fue que con tiempo había hecho fortificar de un modo formidable la plaza de Metz, que estaba resuelto á conservar, encomendando su defensa á un jefe tan entendido y valiente como Francisco de Lorena, duque de Guisa.

Sus anteriores empresas, coronadas con feliz éxito, habíanle granjeado un gran nombre, y como á esta gloria unía la nobleza de su cuna, acudieron á militar bajo sus órdenes multitud de jóvenes pertenecientes á las primeras casas de Francia, deseosos de formarse en la escuela de tan ilustre capitán.

Apenas tomó el Duque el mando de la plaza, aumentó las fortificaciones que esta tenía ya, emplazando nuevas baterías y haciendo derribar cuantos edificios pudieran servir de abrigo á los contrarios, abasteciéndola de víveres y pertrechos de guerra, á fin de poder resistir un largo y apretado cerco.

El de Brandeburgo, comprendiendo que era necesario á los dos bandos, y tratando de sacar el mejor partido de esta necesidad, acudió á situarse próximo á la plaza, haciendo creer al francés que acabaría por aceptar sus proposiciones; pero la verdad era que su movimiento no tenía otro objeto que el de hallarse cerca de ambos adversarios para decidirse por el que mejor halagase sus intereses.

De setenta mil hombres constaba el ejército que había reunido el Emperador, y con él fué á ponerse ante la plaza, comenzándose los trabajos preliminares del cerco, cuya dirección le fue confiada en el mes de octubre de 1552 al duque de Alba.

Mal escogida estuvo ya la época de penetrar en aquellos lugares, puesto que fríos de por sí, la estación de invierno había de ser un enemigo poderosísimo con quien tendrían que luchar los soldados de Carlos, y á quien tal vez no podrían vencer.

Quizás este lo comprendió así, y para apresurar doblemente el resultado que se propuso alcanzar, no creyendo que tendría fuerzas suficientes, á la vez que esperaba los auxilios de Flandes, estrechó mas las negociaciones con el de Brandeburgo, hasta conseguir que este cediese.

Los franceses no pudieron ofrecerle tanto como el Emperador, y después se irritaron al saber que no podían ya contar con él. Entonces, enojado Enrique II, envió contra él un cuerpo de tropas mandado por un hermano del de Guisa (1) con tan mala suerte, que fue sorprendido por el que trataba de sorprender, quedando derrotada la hueste y prisionero el jefe que la mandaba.

Merced á la ayuda del de Brandeburgo y á los tercios que de Flandes llegaron, el ejército imperial se elevó á la cifra de cien mil hombres, constituyendo así uno de los mas poderosos que se vieron durante aquel periodo.

Ciento catorce piezas de batir jugaban contra la plaza, mientras que los distintos cuerpos de caballería impedían que se aproximaran fuerzas para socorrer á los sitiados.

El día 10 de noviembre, el Emperador que se había visto obligado á permanecer en Thionville á causa de uno de sus frecuentes ataques de gota, hizo trasladar en una litera al campamento, con objeto de activar los trabajos y de tomar su parte en las fatigas de aquel trabajoso asedio.

Apretóse este en gran manera, pero «ni el duque de Guisa, dice un escritor contemporáneo, ni los nobles franceses dieron muestras de flaquear un momento, ni por verse rodeados de tan formidable hueste, ni por las brechas que en sus muros abría su artillería, ni por los asaltos que con mas arrojo que buen éxito intentaban los imperiales.»

«Señalóse este sitio por la firmeza imperturbable que conservaron siempre los sitiados. Contrariaba á los sitiadores el crudo y desecho temporal de frios, aguas y nieves: inundaron estas su campo; los

soldados, especialmente los italianos y españoles, no pudiendo sufrir tan rigurosa temperatura, enfermaban y morían; sucumbieron tambien muchos de otras naciones, y las bajas del ejército llegaban ya á treinta mil. Cobijado el Emperador á causa de la gota en su casita de madera, diariamente preguntaba qué tiempo hacía, y como nunca la contestación fuese lisonjera, «pues siendo así, dijo un día, no hay que esperar mas, sino que nos vayamos; pues la fortuna es como las mujeres; prodiga sus favores á la juventud, y desprecia los cabellos blancos.»

El día 26 de diciembre, después de dos meses de horribles padecimientos, levantóse el sitio de Metz, emprendiendo los imperiales la retirada, que fue doblemente desastrosa por el rigor de la estación y por el gran número de enfermos que llevaban.

Sembrado iba quedando el terreno que recorrían de moribundos á quienes se veían obligados á abandonar; doloroso espectáculo que, moviendo á compasión al mismo duque de Guisa que iba persiguiéndoles, no solamente le hizo templar su saña, sino que prodigándoles toda clase de auxilios, se hizo acreedor á los elogios que sus mismos adversarios le tributaron (1).

Desgraciado fue este año para el Emperador, pues á la pesadumbre que experimentaba por el mal éxito de aquella campaña con tantos esfuerzos principiada, hubo de añadir el disgusto que la rebelión de Siena le produjo.

Bajo la protección del Emperador habíase puesto tiempo antes la ciudad de Siena, que era una de las libres de Italia, y que devorada por los bandos políticos, había visto en aquel protectorado el medio de mejorar su situación.

Bajo el mando de D. Diego de Mendoza estaba la guarnición que en aquel punto mantenía Carlos, mas aquel, dándose aires de tirano mas que haciendo oficios de protector, concitó contra sí el odio popular, en términos que los sieneses alzaronse contra él sirviéndoles de poderosa ayuda el conde de Petillano que, burlando la confianza que en él depositara Mendoza, púsose de parte de los de Siena con la división italiana de tres mil hombres que aquel puso bajo su mando.

El duque de Florencia, Cosme de Médicis, amigo del Emperador, envió en socorro de los españoles al marqués de Marignano, mientras que en auxilio de los sublevados acudían los franceses mandados por Pedro Strozzi.

Entre los diversos rasgos de valor y entereza que los historiadores de aquellos sucesos refieren de los españoles, no podemos resistir al deseo de relatar el de tres soldados que únicamente pudieron escapar con vida entre otros que habían sido sorprendidos por las tropas del conde de Petillano.

Una pequeña torre de la puerta Romana sirvióles de refugio, y desde ella se defendieron durante algun tiempo sin que las fuerzas que les sitiaban pudieran penetrar.

Irritado el Conde, ordenó pegar fuego á la torre á ver si de este modo conseguía intimidarles, pero inútil empeño; los tres soldados supieron evitar aquel nuevo peligro.

Entonces dos caballeros franceses que eran el prior de Lombardia y Mr. de Termes, admirados de tanta bravura y deseando salvar la vida de aquellos valientes, se aproximaron á la torre, y haciendo que se asomaran á una ventanilla, les dijeron:—«Valientes españoles, lo que queremos no es mas que libraros de la muerte, pues razon es que hombres tan esforzados como vosotros sean favorecidos. Por esto os rogamos que os rindais, y si quisierais servir al rey de Francia, se os darán pagas dobles. Ya veis que aquí no podeis vivir, pues ni teneis que comer ni os podreis defender de tantos.»

El soldado que se había asomado, sin tomarse el trabajo de consultar con sus compañeros respondió prontamente en estos términos:—«Si el rey de Francia es tan bueno, no le faltarán soldados: nosotros queremos antes perder las vidas que dejar de servir á nuestro rey y señor natural. Los que decís que nos falta comida, sabed que tenemos abundancia de ladrillos, y que los españoles cuando nos falta pan, con estos, molidos, nos sustentamos.»

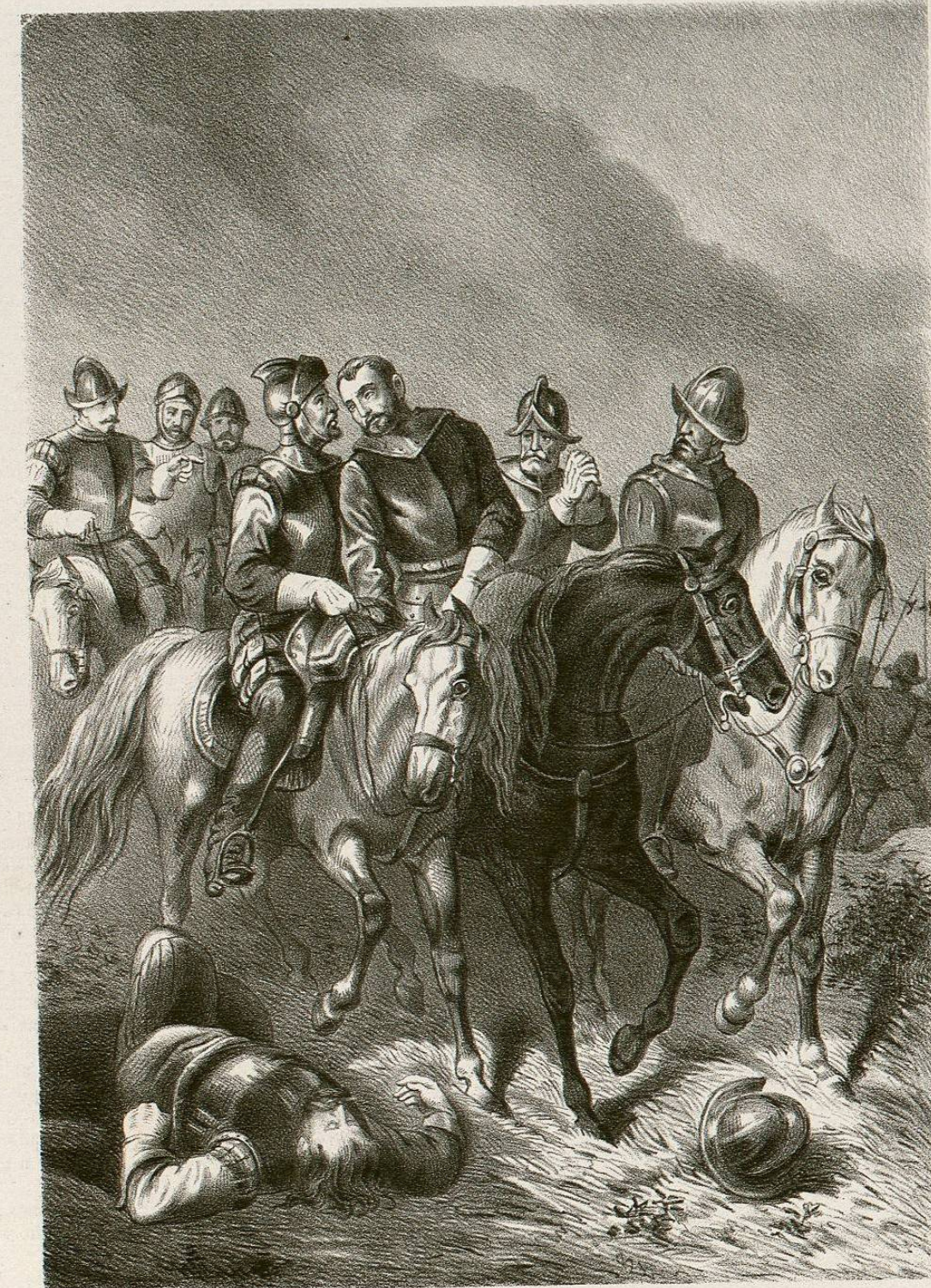
Y con esta respuesta dióse por terminada la conferencia, mas los franceses doblemente llenos de admiración hácia aquellos héroes, consiguieron al fin que saliesen de la torre poniéndoles en salvo (2).

Hasta el año de 1555 se prolongó la guerra de aquella provincia, guerra que tomó unas proporciones de gran consideración, dando lugar á distintos encuentros, ora prósperos, ora adversos para entrambos contendientes.

Finalmente, Pedro Strozzi, fue vencido por el marqués de Marignano, y privados los sieneses de aquel apoyo, no tuvieron otro remedio que hacer un convenio, en virtud del cual volvían á quedar bajo el protectorado del Emperador, pudiendo este mantener guarnición en el pequeño estado y ordenar su forma de gobierno, pero no erigir fortaleza alguna sin beneplácito de los sieneses, pudiendo salir los franceses libremente de aquel punto con armas y bagajes.

(1) Tres historiadores que de estos sucesos se ocupan, nombran de un modo distinto á este hermano del Duque; Robertson le titula duque de Aumale, Saint-Prospere de Nemours y Sandoval, duque de Angulema.

(2) Salignac, *Diario del sitio de Metz*, lib. XXXI, par. 28.  
(3) Sandoval se ocupa extensamente de este suceso, así como de toda la guerra de Siena.



MUERTE DE MAURICIO DE SAJONIA

Riera Editor, Barcelona, Rabador, 24 y 26.